

Psicoanálisis

del

ex

Oskar
Pfister

presio

nismo

El sustrato psicológico y biológico
de los cuadros expresionistas

PUV
UNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

Psicoanálisis del expresionismo

El sustrato psicológico y biológico
de los cuadros expresionistas

Oskar Pfister

Psicoanálisis del expresionismo

El sustrato psicológico y biológico
de los cuadros expresionistas

Traducción y estudio preliminar
de Manuel Pérez Cornejo

PUV

48

Estètica & Crítica

Anacleto Ferrer, director

Romà de la Calle, director fundador

CONSEJO ASESOR

Elisabetta Di Stefano (Università degli Studi di Palermo, Italia), Ana García-Varas (Universidad de Zaragoza), Fernando Infante (Universidad de Sevilla), Antonio Notario (Universidad de Salamanca), Francisca Pérez-Carreño (Universidad de Murcia), Monique Roelofs (Amherst College, Massachussets, EE. UU.), Miguel Salmerón (Universidad Autónoma de Madrid), Rosalía Torrent (Universitat Jaume I de Castelló), Gerard Vilà (Universitat Autònoma de Barcelona)



Publicación sometida
a peer review

PUV

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: *Der psychologische und biologische Untergrund des Expressionismus*

© Ernst Bircher Verlag, 1920

© Oskar Pfister, 1920

[La editorial ha intentado contactar con los herederos del autor
y no ha sido posible]

© De la traducción y estudio preliminar: Manuel Pérez Cornejo, 2022

© De esta edición: Universitat de València, 2022

Coordinación editorial: Maite Simón

Diseño del interior y maquetación: Inmaculada Mesa

Diseño de la cubierta:

Celso Hernández de la Figuera y Maite Simón

Corrección: David Lluch

ISBN: 978-84-1118-053-5

Depósito legal: V-2179-2022

Impresión: Estudio Aguatinta S.L.

Índice

ESTUDIO PRELIMINAR:

PESIMISMO Y OPTIMISMO EN EL PSICOANÁLISIS: SIGMUND FREUD Y OSKAR PFISTER, ANTE EL ARTE EXPRESIONISTA, <i>Manuel Pérez Cornejo</i>	9
---	---

PSICOANÁLISIS DEL EXPRESIONISMO

EL SUSTRATO PSICOLÓGICO Y BIOLÓGICO
DE LOS CUADROS EXPRESIONISTAS

Oskar Pfister

INTRODUCCIÓN.....	55
I. ANÁLISIS DE UN ARTISTA EXPRESIONISTA	61
II. SUSTRATO PSICOLÓGICO Y BIOLÓGICO DE LOS DIBUJOS ANALIZADOS	137
SENTIDO DE LOS DIBUJOS	139
1. Sentido manifiesto	139
2. Sentido latente	141
3. Contenidos de conocimiento deducidos	143

LAS POTENCIAS CREADORAS Y SU MATERIAL	
CONSTRUCTIVO	146
1. El motivo desencadenante	146
2. Material compuesto por recuerdos.....	147
3. Resto de los determinantes	149
EL PROCESO DE CREACIÓN ARTÍSTICA OBSERVADO, CONSIDERADO DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOLÓGICO	
1. La inhibición vital	151
2. Fenómenos regresivos.....	152
3. La identificación.....	153
4. Introversión y autismo	154
5. Polarizaciones.....	156
6. El automatismo	159
LA FUNCIÓN BIOLÓGICA EN EL CREAR ARTÍSTICO DE JOSÉ.....	
1. Significación final de los dibujos para el desarrollo vital	159
2. Determinación teleológica del configurar artístico	163
III. SUSTRATO PSICOLÓGICO Y BIOLÓGICO DEL EXPRESIONISMO.....	
167	
INVESTIGACIÓN DESCRIPTIVA Y CAUSAL	
169	
1. El proceso psicológico como tal	171
2. Investigación biológica.....	176
ELUCIDACIÓN NORMATIVA.....	
182	
1. Consideración estética	182
2. Consideración biológica del expresionismo	208

Estudio preliminar: Pesimismo y optimismo en el psicoanálisis: Sigmund Freud y Oskar Pfister, ante el arte expresionista

Manuel Pérez Cornejo

Es preferible ir al infierno con la verdad
que al cielo por el precio de una mentira.

OSKAR PFISTER

1. LOS OPUESTOS SE ATRAEN: EL ENCUENTRO ENTRE FREUD Y PFISTER

Oskar Pfister no suele figurar, hoy en día, entre los nombres comúnmente citados de la escuela psicoanalítica freudiana, a pesar de que él siempre se tuvo por uno de los seguidores más fervientes y fieles de Sigmund Freud, al que le unió una amistad que duró hasta el final de la vida del creador del psicoanálisis. Esta postergación resulta extraña e injustificable, sobre todo si se tienen en cuenta las notables aportaciones que realizó Pfister al estudio de las relaciones entre el psicoanálisis, la religión y la educación.¹

1. En España, ha sido el doctor Marcelo Arroyo quien ha estudiado más intensamente las aportaciones de Pfister al denominado «psicoanálisis»: Marcelo Arroyo Cabria: *Oskar Pfister, o el diálogo siempre abierto entre psicoanálisis y educación. Estudio histórico-crítico sobre el origen y naturaleza de dicho diálogo, 1900-1939*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. Pedro Fernández-Villamarzo, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2000.

¿A qué se debe este «desvanecimiento» de la figura de Pfister en las referencias al uso del psicoanálisis? Desde luego, pueden existir muchos motivos que lo expliquen, pero, en mi opinión, este olvido se debe, sobre todo, a que Pfister fue un hombre optimista e idealista, de sólidas convicciones religiosas –era pastor protestante–, lo que chocaba con el carácter pesimista, materialista y ateo de bastantes de los miembros de la corriente psicoanalítica, y muy especialmente del propio Freud; pero también, por otra parte, y ya dentro del terreno que nos va a ocupar especialmente en esta introducción, por su posición de apertura respecto al arte de vanguardia, frente al rechazo casi visceral que este tipo de creatividad provocaba, como veremos enseguida, en Freud.

Oskar Pfister había nacido el 23 de febrero de 1873 en Wiedikon, un suburbio de Zúrich, en el seno de una familia protestante. Su padre, pastor, como llegaría a serlo él, estaba especialmente interesado en atender a feligreses pobres y enfermos. Su fallecimiento, cuando Oskar tenía solo tres años, hizo que la familia se trasladase a Baden, aunque regresaron tres años más tarde a su ciudad de origen.

El joven Pfister cursó estudios de teología y psicología en Zúrich, Basilea y Berlín, recibiendo, en el curso de estos, la influencia de Hegel, D. Strauss, Schleiermacher y también de Hermann Kutter y Leonhard Ragaz, que habían introducido las ideas socialistas en el ámbito de la teología protestante, para pasar después a ocupar un puesto de pastor en Dorfwald, cerca de Zúrich, en 1902.² Sin embargo, muy pronto se sintió decepcionado tanto por el vacío academicista que caracterizaba los estudios teológicos que cursaba, como por la escasa efectividad de la terapia psicológica al uso,³ por

2. H. Zülliger: «Oskar Pfister», en *Historia del psicoanálisis*, III, Buenos Aires, Paidós, 1968, pp. 22-36.

3. En 1905 llegaría a escribir un artículo muy crudo, en la *Schweizerische Theologische Zeitschrift*, sobre la miseria de la teología protestante y sus estériles deba-

lo que puso en duda que ambos fuesen efectivos para aliviar algo que siempre le obsesionaría: el sufrimiento humano. Este compromiso con los que padecen llevó a Pfister a rechazar sendas plazas de profesor que le ofrecieron, una de Teología en Zúrich y otra de Filosofía en la Universidad de Riga, para centrarse en la «cura de las almas», que él pretendía afrontar tanto desde el punto de vista espiritual como psicológico.⁴ Esta será la principal labor de su vida, de la que, desde una perspectiva externa, no cabe destacar mucho más: en 1897 contrajo matrimonio con Erika Wunderli, con la que tendría un hijo y con la que permanecería hasta que ella murió en 1930 (a pesar de haber mantenido un *affaire* con una joven que suscitó numerosos comentarios entre Freud y Jung, pero del que no se sabe mucho más, debido a que Pfister pidió a Freud que destruyera las cartas escritas durante este comprometido periodo, en el que se debatió entre la fidelidad y la ruptura de su matrimonio).⁵ Tras el fallecimiento de Erika, Pfister se casó con una prima viuda, Martha Zuppinger, a la que permanecería unido hasta el momento de su muerte, en 1956.

Sin duda, el gran acontecimiento de la vida de Pfister, como él mismo reconoció abiertamente, fue su encuentro con Freud y el psicoanálisis, que trajo «una aurora sin igual» a su existencia.⁶ La lectura de la *Interpretación de los sueños* en 1908 le dejó asombrado, pues vio cómo aquel heterodoxo doctor vienés abordaba los mismos problemas vitales concretos de las personas atormentadas que

tes internos (cf. A. Kirschmayr: «Tiefenpsychologie und Religion. Anregungen und Annäherungsversuche», en *Zeitschrift für freie psychoanalytische Forschung und Individualpsychologie*, 7 Jahrgang, 1 de junio de 2020, p. 4).

4. Carlos Domínguez Morano: «Sigmund Freud y Oskar Pfister: Historia de una amistad y su significación teológica», *Proyección*, 46, 1991, p. 278, e id.: *Psicoanálisis y religión, diálogo interminable (S. Freud y O. Pfister)*, Madrid, Trotta, 2002, p. 18.

5. Cf. la carta de Freud a Pfister de 1 de junio de 1927, en la que le comunica la destrucción de sus cartas de 1912 (Sigmund Freud y Oskar Pfister: *Correspondencia 1909-1939*, México, FCE, 1966, p. 104).

6. Carta de Pfister a Freud de 23 de octubre de 1923 (ibíd., p. 86).

a él le preocupaban, dejando fuera las «especulaciones interminables sobre la metafísica del alma».⁷ Por eso, en 1909 decide enviar su primera publicación al que en adelante será su admirado mentor en cuestiones psicológicas: *Wahnvorstellung und Schülerelbstmord* (Alucinación y suicidio escolar).⁸

Enseguida, Freud se informa sobre Pfister a través de Jung, quien le habla del interés del pastor por la terapia psicoanalítica. El resultado de estos contactos fue la fundación en Zúrich, en 1910, de una sección de la Internationale Psychoanalytische Vereinigung, por E. Bleuler, C. G. Jung y O. Pfister, que editaría en 1913 el primer manual de psicoanálisis, con prólogo de Jung, titulado *Die psychoanalytische Methode. Eine erfahrungswissenschaftlich-systematische Darstellung*. Desde ese momento, Pfister se convertiría en el *Analysenpfarrer*, el «pastor del análisis».

Tras este primer contacto, la correspondencia entre Freud y Pfister se mantendría ininterrumpidamente durante treinta años, pues Pfister se mantuvo fiel a Freud tras la segregación de la sección suiza y el cisma con Jung. También visitaría Pfister en varias ocasiones a Freud y a su familia. El primer encuentro se produjo el 28 de abril de 1909, y transcurrió en un clima de cálida afabilidad que siempre mantendrían en su relación, a pesar de los altibajos y las discusiones que, como veremos, surgieron entre el doctor y el párroco protestante en el terreno *teórico*. Anna Freud, por entonces una niña, describe en 1962 la impresión de extrañeza que, en un primer momento, les suscitó a los miembros de la familia Freud la figura de aquel pastor suizo, tanto por su filiación religiosa como

7. Oskar Pfister: *Die Pädagogik der Gegenwart in Selbst-Darstellungen*, Leipzig, 1927, vol. 2, p. 170.

8. Oskar Pfister: *Wahnvorstellung und Schülerelbstmord*, Schweitzer Blätter für Schulgesundheitspflege, 1, 1909. Freud agradece el envío del libro en una carta fechada el 18 de enero de 1909 (Freud y Pfister: *Correspondencia...*, p. 13).

por su indumentaria, ajena al ámbito científico y alejado de la religión que dominaba en el entorno freudiano y psicoanalítico en general; pero muy pronto el calor humano y la afectividad que emanaban de Pfister le hicieron caer simpático a todos ellos, especialmente a los niños, para los cuales, como decía Freud, Pfister no era un «hombre santo», sino más bien una especie de «flautista de Hamelin» que los atraía por su bonhomía y amabilidad. Por su parte, Pfister se sintió junto a los Freud como si estuviese en «una morada de los dioses», que describió como «el lugar más agradable del mundo».⁹ Como recuerdo de este primer encuentro, Pfister regaló a Freud una reproducción en plata del monte Cervino, que el maestro guardaría como un tesoro hasta el final de sus días, viendo en su escala (1:50000), conforme a su concepción pesimista de la vida, un ejemplo de lo poco que «el destino cumple nuestros deseos» y lo escasamente «que nosotros mismos realizamos nuestros propósitos».¹⁰ Todo un símbolo de la diferencia de talante entre estos dos hombres, tan distintos en todo, a pesar de la confluencia de intereses que marcaría el resto de su relación, la cual oscilaría entre el optimismo cristiano de Pfister y el pesimismo desilusionado del médico fundador de la terapia psicoanalítica.¹¹

2. PESIMISMO FREUDIANO VERSUS OPTIMISMO PFISTERIANO

A la altura de 1919, el pensamiento de Freud, que nunca se había hecho muchas ilusiones sobre el destino final de la vida en

9. Carta de Pfister a Freud de 30 de diciembre de 1923 (ibíd., p. 87) (cf. también: Domínguez Morano: *Psicoanálisis y religión...*, pp. 13-14).

10. Carta de Freud a Pfister de 10 de mayo de 1919 (ibíd., p. 21).

11. Domínguez Morano: *Psicoanálisis y religión...*, p. 24.

general y del ser humano en particular, había basculado ya hacia un decidido pesimismo, que venía fraguándose desde unos años antes, y que, en adelante, el maestro expondría abiertamente ante aquellos amigos y discípulos que, como Lou Andreas-Salomé y Oskar Pfister, hacían gala de su optimismo y confianza en el progreso humano; así se lo declaraba a Lou en dos cartas que no dejaban lugar a dudas sobre su posición existencial, cada vez más obsesionada por el problema de la muerte:

No puedo ser optimista, y creo que solo me distingo de los pesimistas por cuanto lo malo, necio y absurdo no me desconcierta, porque es el caso que ya de antemano lo he asumido en la concepción del mundo.¹²

Me he escogido ahora a manera de retiro el tema de la muerte; he tropezado con una curiosa idea a partir de las pulsiones y necesito leer toda clase de cosas relacionadas con la materia, entre otras, por primera vez a Schopenhauer. Pero no me gusta leer.¹³

Hay que decir que el giro de Freud hacia la pulsión de muerte no se debe tanto a su lectura de Schopenhauer como al conocimiento de los trabajos de Sabina Spielrein, quien había enviado su manuscrito «Die Destruktion als Ursache des Werdens» a Carl Gustav Jung en 1911 y había pronunciado una conferencia en Viena el 29 de noviembre de ese mismo año. El artículo sería publicado en 1912 en el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*.¹⁴

12. Carta de Freud a Lou Andreas-Salomé de 30 de julio de 1915, en Sigmund Freud y Lou Andreas-Salomé: *Correspondencia*, México, Siglo XXI, 1968, p. 37.

13. Carta de Freud a Lou Andreas-Salomé de 1 de agosto de 1919 (ibíd., p. 129).

14. Sabina Spielrein: «Die Destruktion als Ursache des Werdens», en: *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, IV, Band, 1. Hälfte, Leipzig / Viena, Franz Deuticke, 1912, pp. 465-503 (trad. esp.: «La destrucción como causa del devenir», en *El Escarmiento*, año IV, vol. 20, octubre de 2013, en línea: <<http://www.elescarmiento.com.ar/20cultura5php>> (consulta: 31/8/2021).

Aunque fue tachada de representar un componente cuasimetafísico por algunos miembros del círculo psicoanalítico (por ejemplo, V. Tausk), Spielrein sostiene en este breve escrito la existencia de un poderoso «instinto destructor» en la base de la vida psíquica, anticipando así lo que Freud llamará «pulsión de muerte».¹⁵ Por lo demás, como afirma Thorsten Lerchner, hacia 1912 Spielrein y Jung debían de conocer el pensamiento central del filósofo Philipp Mainländer: la «voluntad de muerte», seguramente a través de su lectura de E. Metchnikoff, quien, en sus *Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste*,¹⁶ había dedicado un capítulo entero a la exposición del pesimista de Offenbach (cuya obra, por aquel entonces, ya había caído prácticamente en el olvido).¹⁷

Este deslizamiento creciente de Freud hacia el pesimismo le hará chocar desde el principio, como hemos indicado, con el optimismo del pastor del análisis. El roce apunta ya en una carta, fechada el 9 de octubre de 1918, en la que Freud tilda a Pfister de optimista,¹⁸ comprendiendo que no podía ser otra su posición, partiendo de su credo religioso, confiado en el ser humano, y para el cual «el amor significa la redención del mundo y el núcleo de la religión».¹⁹ Frente a este optimismo vital, Freud sentencia que «la vida no es de ninguna manera fácil, [y] ya su valor es dudoso».²⁰

15. M. Martynkewicz: *C. G. Jung und Sabine Spielrein*, Berlín, Rotwohl, 1999, p. 18.

16. E. Metchnikoff: *Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste*, París, 1903 (trad. inglesa en 1903, rusa en 1904 y alemana también en 1904: *Studien über die Natur des Menschen. Eine optimistische Philosophie* [2.^a ed. Leipzig, 1910]). La edición española es *Estudios acerca de la naturaleza humana (Ensayo de filosofía optimista)*, Buenos Aires, América Lee, 1946.

17. Th. Lerchner: *Mainländer – Reflexionen – Quellen – Kontext – Wirkung, Internationale Mainländer Studien*, Bd. 3. Hrs. v. Winfried H. Müller-Seyfarth u. Thomas Regehly, Würzburg, Königshausen & Neumann, 2016, p. 87.

18. Freud y Pfister: *Correspondencia...*, p. 58.

19. Carta de Freud a Pfister de 11 de abril de 1927 (ibíd., p. 103).

20. Carta de Freud a Pfister de 26 de mayo de 1929 (ibíd., p. 125).

Pfister, por su parte, en 1930, aprovechando que Freud le había enviado un ejemplar de *El malestar en la cultura*, toma distancia explícita respecto a la posición freudiana:

En la teoría de los instintos piensa usted en forma conservadora y yo en forma progresista. Encuentro, como en la teoría de la evolución de los biólogos, una tendencia ascendente, como en la primavera olímpica de Spitteler, en la que los dioses, trepando penosamente y resbalándose, siguen escalando con esfuerzos indecibles. El «instinto de muerte» lo considero solo como una reducción de la «fuerza vital», no como un verdadero instinto, y aun la muerte de los individuos no puede detener el curso de la voluntad universal, sino únicamente estimularlo. La cultura la considero plena de tensiones: así como en el hombre volitivo el *status praesens* se enfrenta al anhelado *status futurus*, así también en la cultura; y así como sería erróneo ver en los hechos reales del individuo su totalidad, sin tomar en cuenta sus esfuerzos, así también sería incorrecto juzgar como cultura a secas los horrores de la cultura, frente a los cuales están también, después de todo, sus delicias.²¹

Como podemos comprobar, Pfister, en relación con la pulsión de muerte, adopta una posición que recuerda a la mantenida durante siglos por numerosos filósofos –desde Plotino y San Agustín, a Leibniz y Rousseau– frente al problema del mal, a saber: la pulsión de muerte no sería un principio dotado de existencia positiva, sino que sería una simple privación (mayor o menor) de fuerza vital.

Frente a esta profesión de fe vitalista (cristiana), Freud vuelve a hacer hincapié en su concepción pesimista y tanatológica de la cultura, aclarando que la considera un hecho científico inconcuso, y no una mera consecuencia de su eventual predisposición anímica personal:

Cuando pongo en duda que el destino de la humanidad sea llegar a una mayor perfección por el camino de la cultura, cuando

21. Carta de Pfister a Freud de 4 de febrero de 1930 (ibíd., p. 126).

veo en su vida una lucha continua entre el amor y el instinto de muerte, no creo expresar con ello ninguno de mis rasgos constitutivos propios ni de mis disposiciones afectivas adquiridas. No soy masoquista, ni una persona «pesada»; con todo gusto deseo para mí mismo, tanto como para los otros, algo bueno y me parecería más agradable y reconfortante el poder contar con un futuro tan brillante. Pero parece tratarse nuevamente de un caso de pugna entre ilusión (realización deseada) y conocimiento. No se trata de ningún modo de aceptar lo que es más alentador o más cómodo o ventajoso para la vida, sino de aquello que puede aproximarse más a aquella realidad enigmática que existe fuera de nosotros. El instinto de la muerte no es ninguna necesidad íntima para mí, representa solo un supuesto ineludible por motivos biológicos y psicológicos. De ello se desprende todo lo demás. Mi pesimismo me parece, por lo tanto, un resultado; el optimismo de los demás, una hipótesis. Podría decir también que realicé un matrimonio de conveniencia con mis teorías sombrías, y que los demás viven, con las suyas, en una unión por simpatía. Espero que con ello sean más felices que yo.²²

3. «EL PORVENIR DE UNA ILUSIÓN» VERSUS «LA ILUSIÓN DE UN PORVENIR»

Recién inaugurado su intercambio epistolar, Pfister puso de manifiesto a Freud su convicción de que el psicoanálisis, igual que la religión (en especial, la protestante), tenían como objetivo fundamental llevar a cabo, como indicamos anteriormente, la curación del alma a través del amor; y Freud, aunque, por su parte, le dijo a Pfister que «el psicoanálisis no es religioso ni lo contrario, sino un instrumento neutral del que pueden servirse tanto el religioso como el laico, siempre que se haga para liberar a los que sufren»,²³ le dejó

22. Carta de Freud a Pfister de 7 de febrero de 1930 (ibíd., pp. 127-128).

23. Carta de Freud a Pfister de 9 de febrero de 1909 (ibíd., p. 15).

muy claro que para él la sublimación religiosa estaba de más. Le confiesa, además, a Pfister, en tono sarcástico, que no se había dado cuenta, hasta entrar en contacto con él, de que el psicoanálisis podía contribuir a esa «cura de las almas», quizá debido a su irremediable condición de «hereje perverso».²⁴ Le dice, asimismo, a su corresponsal que, si bien es cierto, como él afirma, que el psicoanálisis ha hecho mucho en pro del amor, «no podría asegurar que [el amor] está en el fondo de todas las cosas, a no ser que se le añada el odio, lo cual es correcto desde el punto de vista psicológico. Pero en esa forma el mundo se ve inmediatamente más miserable».²⁵

El 16 de octubre de 1927, Freud le comunica a Pfister la próxima publicación de un escrito polémico que había redactado en contra de la religión, pidiéndole expresamente que no se sintiera molesto por su contenido, claramente ateo y, por consiguiente, contrario a los postulados religiosos del suizo. Pfister le respondió con su habitual amabilidad, diciéndole que le parecía natural que el maestro expusiese abiertamente su opinión personal sobre la religión, reservándose, no obstante, su derecho a expresar la suya.²⁶ Aliviado, Freud se felicita por la magnanimidad mostrada por Pfister ante lo que él mismo llama su «declaración de guerra».²⁷

Esta declaración de hostilidades contra la religión se titulaba *Die Zukunft einer Illusion* (*El porvenir de una ilusión*). El escrito, bastante breve, pero muy intenso, se encuentra fuertemente influenciado por el iluminismo ateo del siglo XVIII (Voltaire, Diderot), por

24. Carta de Freud a Pfister de 9 de febrero de 1909 (ibíd., p. 15). Pfister, a pesar de ello, siempre consideró que Freud, por su lucha a favor de la liberación del amor, no era un ateo, sino un cristiano *sui generis* (cf. carta de Pfister a Freud de 29 de octubre de 1918, ibíd., p. 60).

25. Carta de Freud a Pfister de 17 de marzo de 1910 (ibíd., p. 33).

26. Carta de Pfister a Freud de 21 de octubre de 1927 (ibíd., pp. 105-106).

27. Carta de Freud a Pfister de 22 de octubre de 1927 (ibíd., p. 108).

el materialismo positivista del XIX (E. Brücke) y, muy en particular, por la filosofía de L. Feuerbach, según la cual «la religión es la esencia infantil de la humanidad».²⁸

Siguiendo la deriva que mencionamos más arriba, el temple del opúsculo es de un profundo pesimismo. El ser humano, débil y casi siempre impotente ante el tremendo poder de la naturaleza, que lo aplasta continuamente, arrastra una existencia miserable. «La vida es difícil de soportar», sentencia Freud.²⁹ El enigma del mundo y el sufrimiento de la vida (enfermedades, violencia, dolor, muerte), unidos al peligroso apremio de los instintos, hacen de la existencia una carga terrible. Para soportarla, el ser humano ha acudido al recurso de crear la *cultura*, como mecanismo represor de los instintos, capaz de hacer tolerable la vida en común con los demás seres humanos. Pero la cultura, justo por su carácter represivo, es, precisamente, *otra* fuente de dolor, provocado esta vez por la frecuente y necesaria renuncia a la satisfacción de los instintos, lo que suscita entre los seres humanos, según Freud, una tremenda hostilidad hacia la cultura:

A mi juicio, ha de contarse con el hecho de que todos los hombres integran tendencias destructoras –antisociales y anticulturales– y que en gran número son bastante poderosas para determinar su conducta en la sociedad humana. [...] [Por eso] toda la civilización ha de basarse en la coerción y la renuncia a los instintos.

28. Ludwig Feuerbach: *La esencia del cristianismo* (trad. de J. L. Iglesias), Madrid, Trotta, 2009⁴, p. 65. Freud declaraba, en una carta a su amigo de juventud, Silberstein, su admiración por la filosofía de Feuerbach, «a quien más venero entre todos los filósofos» (cf.: Sigmund Freud: *Cartas de juventud* (trad. de Angela Ackerman Pilári), Barcelona, Gedisa, 2009, p. 173; cf. asimismo Cristina Piña y Peter Gay: *Un juicio sin Dios: Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis*, Buenos Aires, Ada Corn, 1994², pp. 54-84).

29. Sigmund Freud: *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas*, III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, p. 2968.

[Existe] una hostilidad contra la civilización, engendrada por la presión que esta ejerce sobre el individuo, imponiéndole la renuncia a los instintos.³⁰

Por este motivo, como consuelo, la atribulada psique humana ha creado, dentro de la cultura, la religión, integrada por un conjunto de representaciones ilusorias, cuyo objetivo fundamental es «aclararnos los enigmas del mundo y reconciliarnos con el dolor de la vida»:³¹

Las representaciones religiosas han crecido de la misma fuente que todas las demás conquistas de la cultura: de la necesidad de defenderse contra la abrumadora prepotencia de la naturaleza; necesidad a la que más tarde se añadió un segundo motivo: el impulso a corregir las penosas imperfecciones de la civilización.³²

Así pues, los dioses –o un Dios– protegen al ser humano de los poderes naturales (dado que esos mismos dioses suelen ser representaciones personales de dichos poderes, que el hombre puede conjurar y aplacar). Son, por tanto, un subrogado de la madre y, sobre todo, del padre, que cuida del sujeto aterrorizado, garantizándole, asimismo, la victoria sobre la muerte y el mal:

[Los dioses cumplen] una triple función: espantar los terrores de la Naturaleza, conciliar al hombre con la crueldad del Destino, especialmente tal y como se manifiesta en la muerte, y compensarle de los dolores y privaciones que la vida civilizada en común le impone.³³

En concreto, los mecanismos de compensación que ofrecería la religión, a juicio de Freud, serían los siguientes:

30. *Ibíd.*, pp. 2962 y 2967.

31. *Ibíd.*, p. 2975.

32. *Ibíd.*, p. 2971.

33. *Ibíd.*, p. 2969.

- a) Asegurarle al hombre que su vida, aunque miserable, tiene un fin más alto: el perfeccionamiento del ser humano.
- b) Hacerle pensar que todo sucede en el mundo con la garantía de la supervisión de una inteligencia divina superior, que conduce el proceso general de las cosas hacia el bien.
- c) Conseguir que se acepte la muerte, sin ver en ella una aniquilación personal ni el retorno a lo inorgánico, sino el tránsito a un nivel de existencia más elevado.
- d) Apoyar el orden moral del mundo, que es querido por una inteligencia omnisciente.
- e) Confirmar al bien que recibirá su recompensa, y al mal su castigo, y que la justicia finalmente prevalecerá, bien en esta vida, bien en la otra.

Esto significa que las imágenes religiosas actúan también como garantía del *orden moral*, asegurando la validez de los preceptos culturales, encaminados a reprimir o redirigir los instintos. En este sentido, la religión es, para Freud, una repetición, a escala colectiva, del complejo de Edipo y de la complicada relación que mantiene el niño con sus progenitores –especialmente, el padre–, fuente de protección y, a la vez, de los mandatos morales, cuya transgresión promueve el castigo: «La religión sería la neurosis obsesiva de la colectividad humana, y lo mismo que la del niño, provendría del complejo de Edipo en la relación con el padre».³⁴

Ahora bien, igual que el complejo de Edipo tiene que ser superado mediante la «muerte del padre», también la humanidad debe superar la ilusión religiosa llevando a cabo la «muerte de Dios», y así abandonar su dependencia de la Divinidad. Tal como lo concibe Freud, este proceso es imparable. Las representaciones religiosas

34. *Ibíd.*, p. 2985.

son indemostrables, no proceden de la razón, ni son un resultado de la experiencia, sino que son solo eso: ilusiones, es decir, «realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la Humanidad», que basan su vigor «en la fuerza de estos deseos».³⁵ Pero la satisfacción de tales deseos la paga el hombre haciéndose «culpable de un sinnúmero de insinceridades y de vicios intelectuales».³⁶ Por eso, se requiere sustituir los preceptos religiosos por la ciencia, y que el Dios «logos», como lo llama Freud,³⁷ desbanque al Dios Padre, el cual se ve incapaz, por su carácter ilusorio, de compensarnos del dolor que azota nuestra vida. La religión es una ilusión, pero «nuestra ciencia no es una ilusión»,³⁸ y no promete algo que no puede cumplir; simplemente, se limita a paliar, en la medida de lo posible, el sufrimiento humano, siendo siempre consciente de que ningún poder extraterrenal podrá redimir jamás al ser humano del dolor que implica su existencia.

Desde luego, Freud es consciente de que su propuesta de sustituir la religión por la ciencia le atraerá la acusación de «aridez espiritual, de falta de idealismo y de incompreensión ante los más altos ideales de la Humanidad»;³⁹ pero él cree, por el contrario, que la religión no aproxima en absoluto al hombre al ideal, ni hace a los seres humanos más felices ni más morales; al contrario, lo que ha sucedido es, más bien, que «la inmoralidad ha hallado siempre en la religión un apoyo tan firme como la moralidad».⁴⁰

Como estamos viendo, Freud hace gala en *El porvenir de una ilusión* de un pesimismo vital y, a la vez, de un optimismo gnoseo-

35. *Ibíd.*, p. 2976.

36. *Ibíd.*, p. 2978.

37. Afirma P. Gay que, cuando se trataba de la razón, Freud era «monoteísta» (cf. Cristina Piña y Peter Gay: *Un juicio sin Dios...*, p. 77).

38. Freud: *El porvenir de una ilusión...*, p. 2992.

39. *Ibíd.*, p. 2980.

40. *Ibíd.*, pp. 2981-2982.

lógico: igual que el tratamiento psicoanalítico libera al sujeto de la falsa proyección en sus deseos infantiles, haciéndole crecer y madurar, también el «infantilismo [religioso] tiene que ser vencido y superado. El hombre no puede permanecer eternamente niño, [sino que] tiene que salir algún día a la vida» y enfrentarse a ella;⁴¹ de ahí que Freud abogue, para el niño, por una educación irreligiosa que, al mismo tiempo, le prepare para afrontar la realidad.

Freud parece tener presente a Pfister cuando concluye que el intelecto ha de «marcarse los mismos fines» que la persona religiosa espera de su Dios, a saber: «el amor al prójimo y la disminución del sufrimiento, aunque, naturalmente, dentro de una medida humana y hasta donde lo permita la realidad exterior».⁴² No obstante, sabe que su objetivo será difícil de alcanzar y está muy (aunque no infinitamente) lejos. Es verdad que la razón y la ciencia «a nosotros, los que sentimos dolorosamente la vida, no nos promete[n] compensación alguna»,⁴³ pero al menos ponen en manos del ser humano un remedio parcial a ese dolor, y no le engañan con falsas esperanzas basadas en delirios ilusorios.

En una carta remitida a Freud, con fecha del 24 de noviembre de 1927,⁴⁴ Pfister iniciará su respuesta contra el alegato pesimista y antirreligioso de su mentor. En ella le dice que el psicoanálisis es, sin duda, la parte más fecunda de la psicología, pero que no abarca toda la ciencia del alma, de la vida y del mundo. Además, es reduccionista y empobrecedor quedarse, como pretende Freud, en la simple experiencia. Pfister, igual que A. E. Driesch, considera que la investigación experimental implica necesariamente supuestos filosóficos.

41. *Ibíd.*, p. 2988.

42. *Ibíd.*, p. 2990.

43. *Ibíd.*, p. 2991.

44. Freud y Pfister: *Correspondencia...*, p. 109.

En este sentido, anticipando reflexiones posteriores de la filosofía de la ciencia actual, Pfister considera que mantener, como hace Freud, que es posible basar una teoría en la «pura experiencia» es una ficción, ya que cualquier saber experimental está, desde el principio, impregnado de hipótesis que rebasan la experiencia. Análogamente, el concepto de lo inconsciente no es solo algo fundado empíricamente (esto lo admite sin discusión Pfister), sino que, además, forma parte de una totalidad teórica mayor.

Por otra parte, Pfister, parafraseando a Freud, sostiene que tampoco la ilustración y la ciencia han hecho mejores y más felices a los seres humanos, y que (como había sabido entender muy bien Nietzsche) también la ciencia y el ateísmo se basan en una fe, la fe en que a través de ellos conocemos «la verdad», por lo que Pfister acusa a Freud de no haberse mantenido fiel a su voluntad de destruir cualquier ilusión; y con razón, porque un mundo carente de ilusiones sería, en su opinión, un mundo demoníaco:

Yo no entiendo bien el concepto que tiene usted de la vida. Es imposible que todo se reduzca a lo que usted rechaza como final de la ilusión y que usted alaba como único contenido verdadero. Este mundo sin templos, sin arte, sin poesía, sin religión, es a mi modo de ver una isla del demonio a la que solo un Satanás, y no el azar ciego, podría empujar a los hombres. Su pesimismo incorregible respecto a la humanidad es aquí demasiado manso; debería usted practicar el miserabilismo en forma mucho más consecuente.⁴⁵

Por esta razón, entiende Pfister que Freud no ha eliminado la ilusión de la ciencia. Frente a ella, Pfister propone una aplicación del psicoanálisis que entronque con la filosofía del espíritu enraizada en el idealismo alemán, no por servidumbre hacia la religión, sino

45. *Ibíd.*, p. 111.

como superación del materialismo y del positivismo, a fin de elevar al ser humano a un plano ideal.⁴⁶

Siguiendo el hilo conductor planteado en esta misiva, Pfister publicó en 1928 su escrito de contestación al ataque de Freud: «Die Illusion einer Zukunft. Eine freundliche Auseinandersetzung mit Prof. S. Freud» (La ilusión de un porvenir. Un debate amistoso con el profesor S. Freud).⁴⁷

Ya desde el inicio de su respuesta, Pfister critica el concepto freudiano de «ilusión», que considera dependiente, como dijimos, de la Ilustración, y engañoso y alejado de la realidad; para Pfister, la ilusión puede coexistir, y de hecho coexiste, con pensamientos ajustados a la realidad. Es verdad, como dice Freud, que la religión ha adoptado formas patológicas –Pfister, en su condición de protestante, las identifica con el catolicismo, por su represión de la sexualidad–, pero él no ve la esencia de la religión en la neurosis obsesiva, sino en «la dinámica del amor, que supera la ley y la culpabilidad».⁴⁸ Y eso es lo que propone Pfister, frente a la concepción paternalista de la religión atacada por Freud: una religión, como la predicada por Cristo, de la libertad y el amor.

Para Pfister, la religión, igual que el arte y la ciencia, no es una simple realización imaginaria del deseo, sino que forma parte de la aspiración del espíritu humano a realizar su ideal; por eso, tampoco tiene la simple misión de coartar las pulsiones, sino que su tarea es transformar al ser humano, en medio de una civilización decadente, canalizando su necesidad de amar,⁴⁹ porque, con toda la satisfacción que proporcionan los progresos de la ciencia y de la ética, no resultan suficientes para solucionar el problema de la vida:

46. *Ibíd.*, p. 112.

47. Oskar Pfister: «Die Illusion einer Zukunft. Eine freundliche Auseinandersetzung mit Prof. S. Freud», *Imago*, 2-3, 1928, pp. 49-184.

48. Domínguez Morano: *Psicoanálisis y religión...*, p. 124.

49. *Ibíd.*, p. 129.

Nosotros, los seres humanos –dice Pfister–, no somos aparatos de pensar, sino que somos seres vivientes, sintientes, deseantes. Necesitamos bienes y valores. Hemos de tener algo que satisfaga nuestro ánimo y que anime nuestro querer [...] ¿No muestra Freud mejor que nadie la importante significación de la valoración, de los sentimientos, de los afectos y las pulsiones?⁵⁰

La religión, por sus símbolos, por su valor poético y por su fuerte carga emocional, no puede verse reemplazada por la ciencia; la razón no puede acabar con el deseo, ni la ciencia con el sentimiento religioso, sino que deben unirse para redimir de su sufrimiento a la humanidad, reivindicando una verdad que nos haga más libres. Los seres humanos necesitan algo más que un simple análisis de su psique: necesitan unos *valores* que el psicoanálisis no puede dar. Pfister concluye, por consiguiente, que «el ateísmo es, después de todo, una fe negativa», por lo que no cree que «el psicoanálisis elimine el arte, la filosofía, la religión, sino que ayuda a purificarlas», encarnando, «por así decir, el sentido de la existencia».⁵¹

4. EL DESPRECIO FREUDIANO HACIA EL ARTE EXPRESIONISTA

La polémica entre Freud y Pfister se extendió más allá de sus respectivas interpretaciones de la religión, trascendiendo al ámbito del arte, y muy especialmente al arte expresionista, respecto del cual sostuvieron posiciones radicalmente enfrentadas: de rechazo total, en el caso de Freud; de aceptación y superación, por parte de Pfister.

50. Pfister: «Die Illusion einer Zukunft...», pp. 132 y ss.

51. Carta de Pfister a Freud de 9 de febrero de 1929 (Freud y Pfister: *Correspondencia...*, p. 122).

Psicoanálisis del expresionismo

En su ensayo *Der psychologische und biologische Untergrund expressionistischer Bilder* (1920) —traducido aquí por vez primera al español—, el psicoanalista Oskar Pfister se propuso penetrar en las raíces inconscientes del expresionismo. Partiendo de un exhaustivo análisis de los dibujos realizados por un joven artista adscrito a este movimiento, Pfister desvela los conflictos mentales que condicionan el peculiar estilo practicado por esta vanguardia histórica. Para el autor, la distorsión expresionista es producto de la profunda escisión que fractura la psique del sujeto actual, desgarradura que, a su juicio, solo podrá curar una comprensión más profunda de la atormentada mente contemporánea, unida a la práctica de una creatividad más lúcida y reconciliada con la realidad.

Oskar Pfister

Discípulo de Freud, Oskar Pfister (1873-1956) realizó importantes contribuciones al estudio de las relaciones entre el psicoanálisis, la educación y la religión (*La ilusión de un porvenir*; 1928). Su obra se caracteriza por la defensa de una concepción optimista de la cultura, opuesta al marcado pesimismo freudiano. Las discrepancias entre Pfister y Freud se acentúan en sus respectivas valoraciones del arte expresionista. Frente al desprecio mostrado por Freud hacia las vanguardias, Pfister pone de relieve el valor estético del expresionismo, movimiento que considera un síntoma de la alienación que experimenta el individuo en una sociedad enferma, cuya superación debe conducir a la aparición de un arte futuro, alejado del autismo subjetivista y más comprometido con la solución de los acuciantes problemas que plantea el complejo mundo actual.

